

244
9

OBRAS

BX 890

.T4

v. 2

SANTA TERESA DE JESUS

EDICION COMPLETISIMA

Las mejoras que esta edicion tiene sobre las anteriores y que, con arreglo á la ley, son propiedad del editor, no podrán ser reimpresas sin su consentimiento.

Varios Señores arzobispos y obispos tienen concedidos 360 dias de indulgencia á todos los fieles que leyeren ú oyeren leer cualquier capítulo ó carta de las obras de santa Teresa de Jesus, rogando además por los fines de la Iglesia.

Y asimismo han concedido 180 dias tres Señores arzobispos á todos los que rezaren un padre nuestro y avemaria ante cualquier imagen de la Santa.

III. OMOT



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

78828

88088

CARTA

DEL

ILLMO. SR. D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA,

OBISPO DE OSMA,

DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD;

AL REVERENDÍSIMO PADRE

FR. DIEGO DE LA VISITACION,

General de los Carmelitas descalzos.

Reverendísimo padre :

Con gran consuelo mio he leído las epístolas de santa Teresa, que V. P. R.^{ma} quiere dar á la estampa, para pública utilidad de la Iglesia, porque en cada una de ellas se descubre el admirable espíritu de esta virgen prudentísima, á la cual comunicó el Señor tantas luces, para que con ellas despues ilustrase, y mejorase á las almas. Y aunque todos sus escritos están llenos de doctrina del cielo; pero como advierten bien los instruidos en la humana erudicion, no puede negarse que en las cartas familiares se derrama mas el alma, y la condicion del autor, y se dibuja con mayor propiedad, y mas vivos colores su interior, y exterior, que no en los dilatados discursos, y tratados. Y como quiera que aquello será mejor, y mayor de santa Teresa, en que se descubra á sí misma mas, por eso estas cartas, en las cuales tanto manifiesta su celo ardiente, su discrecion admirable, su prudencia, y caridad maravillosa, han de ser recibidas de todos con mayor gozo, y no menor fruto, y aprovechamiento.

Verdaderamente cosa alguna de cuantas dijo, de cuantas hizo, de cuantas escribió esta santa, habian de estar ignoradas de los fieles; y así siento mucho el ver algunas firmas de su

nombre, compuestas con las letras de sus escritos; porque faltan aquellas letras á sus cartas, y aquellas cartas, y luces á la Iglesia universal: y mas la hemos menester leida enseñando, que venerada firmando.

¿Pues qué otra cosa son las epístolas familiares de los santos, sino unas disimuladas instrucciones, ofrecidas con suavidad á los fieles? ¿Y una elocuente, y persuasiva doctrina, que informa á la humana, y cristiana comunicacion entre nosotros mismos? La cual no solo dá luz con su discurso, sino calor, y eficacia para seguir, é imitar lo que primero enseñaron los santos con su ejemplo, y virtudes al obrar.

Y así me parece, que la Santa en sus tratados del Camino de la perfeccion, de las Moradas, en la esplicacion del *Pater noster*, en sus Documentos, y Avisos (que todos son celestiales) nos ha enseñado de la manera que hemos de vivir en orden á Dios, y dirigir nuestros pasos por la vida espiritual. Pero como hemos de vivir en esta exterior unos con otros (de la cual depende tanta parte, y no sé si la mayor de la interior) nos lo enseña en estas epístolas; porque con lo que dice en ellas, nos alumbra de lo que debemos aprender; y con lo que estaba obrando al escribirlas, de lo que debemos obrar.

¿Qué celo no descubre en ellas del bien de las almas? ¿Qué prudencia, y sabiduría en lo místico, moral, y político? ¿Qué eficacia al persuadir? ¿Qué claridad al espresarse? ¿Qué gracia, y fuerza secreta al cautivar con la pluma á los que enseña con la erudicion?

Muchos santos ha habido en la Iglesia, que como sus maestros universales la han enseñado; muchos, que con sapientísimos tratados la han alumbrado; muchos, que con eficacísimos escritos la han defendido: pero que en ellos, y con ellos hayan tan dulcemente persuadido, arrebatado, y cautivado, ni con mayor suavidad, y actividad vencido las almas, y convencido, no se hallarán fácilmente.

Innumerables virtudes, propiedades, y gracias pueden ponderarse en la Santa; no digo en sus heróicas acciones, costumbres y perfecciones (porque esas aprobadas, y canonizadas por la Iglesia, mas piden la imitacion, que la alabanza) sino en

sus suavísimos escritos; pero yo lo que admiro mas en ellos, es la gracia, dulzura, y consuelo con que nos vá llevando á lo mejor; que es tal, que primero nos hallamos cautivos, que vencidos, y aprisionados, que presos.

El camino de la vida interior, es áspero, y desapacible: *Arcta est via, quæ ducit ad vitam* (Matt. 7, vers. 14); porque se vence la naturaleza á si misma, y todos son pasos de dolor para la parte inferior, cuantos le ofrece al alma el espíritu; y así hacer dulce, y entretenido este camino, alegre, y gustoso al caminante, no solamente le facilita el viaje, sino que le hace mas meritorias las penas con reducirlas á gozos.

Al que alegremente dá, ama el Espíritu Santo: *Hilarem enim datorem diligit Deus* (2, Cor. 9, vers. 7). Esto es, ama mas que á otros, al que sirve mas alegremente que otros. Esta alegría, gusto, y suavidad comunica admirablemente la Santa en sus Obras, adulzando por una parte, y haciendo por otra mas meritorias las penas. A todos socorre con sus escritos, y les deja contentos con su dulce modo de enseñar, y persuadir. A Dios, con la mayor caridad del justo; y al justo, con la mayor alegría, y mérito de servir á Dios. Porque tal gracia en lo natural, y tal fuerza en lo sobrenatural, como este admirable espíritu tiene en su pluma, y como allana, y facilita las dificultades del camino de la virtud, no es bastantemente ponderable.

Dicen muy bien los varones místicos, que Dios en las almas que quiere para sí, no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, y al natural colérico, lo hace celoso, y dále luego con el espíritu la moderacion, y al flemático, contéplativo, y dále luego con el espíritu la diligencia. Así el natural de santa Teresa, su capacidad, su entendimiento, y discurso, la gracia de su condicion, la suavidad de su trato, sin duda alguna fueron grandísimos; y todo esto elevado, y levantado con la gracia sobrenatural. Ilustrada su alma con las luces de Dios, inflamada con su caridad, y alumbrada con su sabiduría, formó al persuadir una gracia eficacísimá, y una eficacia suavísimá, y fortísimá, que lleva, y arrebatá las almas á Dios: las lleva con la dulzura de la enseñanza; las arrebatá con la fuerza del espíritu.

Solo que al ganar las almas para Dios, y al enamorarlas de la virtud, ¿se olvida la Santa de sí? De ninguna manera. Porque sin hacerlo al intento, al paso que las enamora de Dios, sin sentirlo ellas, las vá cautivando, y enamorando de sí.

Ninguno lee los escritos de la Santa, que no busque luego á Dios; y ninguno busca por sus escritos á Dios, que no quede devoto, y enamorado de la Santa. Y esto no solo creo yo que es gracia particular del estilo, y fuerza maravillosa del espíritu, que secretamente lo anima, sino providencia de Dios. Porque ama tanto á la Santa, que á los que hace perfectos con la imitacion de sus virtudes, é ilustra con la luz de sus tratados espirituales, quiere asegurar con la fuerza poderosa de su intercesion.

No he visto hombre devoto de santa Teresa, que no sea espiritual. No he visto hombre espiritual, que si lee sus Obras, no sea devotísimo de santa Teresa. Y no comunican sus escritos solo un amor racional, interior, y superior, sino tambien práctico, natural, y sensitivo, y tal, que me hace persuadir, (y júzgolo yo por mí mismo) que no habrá alguno que la ame, que no anduviera muy dilatadas provincias (si estuviera en el mundo la Santa) por verla, hablarla, y comunicarla; y pues por no merecerla esta vida, se halla en la eterna coronada, es menester esforzarnos á buscarla donde está.

La religion de V. P. R.^{ma}, santa, penitente, y perfecta, llena de escelentes virtudes, y perfecciones, yo no digo que el celo, la penitencia, el desasimiento, y la austeridad, no se lo deban á su celosísimo, y santísimo padre Elias; pero todo lo que es la caridad, la suavidad, el agrado, el ser tan amados de todos, se lo deben sin duda á su madre santa Teresa. Ella es quien les hizo herederos de su agrado, imitadores de su dulzura, é hijos de su caridad.

Y aunque en esto, y en todo resplandece mucho en sus hijos santa Teresa; porque sus virtudes, letras, religion, y observancia, no pueden bastantemente ponderarse: pero si he de decir lo que mi afecto, y estimacion me dicta, sin causar celos á los hijos por las hijas, aunque no sé que escedan las Esposas de Cristo Señor nuestro, sé que las hallo asistidas de algunas

particulares circunstancias, poderosas á imprimir en ellas una viva, y perfecta semejanza de su santa madre; ya porque les valió, y favoreció la misma naturaleza, y al fin es madre la Santa, y no padre, ya sea por haberlas comunicado mas; ya por su mayor asistencia con ellas; ya porque á ellas se enderezaron sus instrucciones primero; ya porque el dar hijas á Dios, fué el primer empleo de su espíritu, aunque despues le dió tales, y tantos hijos, para mayor perfeccion de la primera obra, como la Santa reconoce agradecida; ya porque la santidad, que infundió, y comunicó su espíritu en la clausura, y paredes de sus conventos, se refunde, y la participan estas prudentes virgenes que los habitan; ya sea porque la bebieron el espíritu mas cerca, y pudo aquel sello de su alma, grabado con celestiales virtudes, imprimirse con singular eficacia en la materia que tenia mas presente. Confieso, que no veo, ni oigo religiosa Carmelita descalza, que en el modo, en la sustancia, en el espíritu, en las acciones, en los discursos, agrado, y caridad, no me parezca una viva imágen de su madre santísima, y perfectísima. Y de la manera que un espejo, lleno de circulos limitados, hace de una imágen infinitas, y muchísimos de un rostro, todos del todo parecidos al primero; así de una santa parece que se han hecho muchas santas, y de una imágen de Dios, (que eso son las almas perfectas) muchas imágenes de Dios, parecidas á aquel admirable, y primitivo original, que es la Santa.

Pero es cierto, que me he engañado en decir, que el ser madre pudo influir en la imitacion de sus hijas, cuando influyó tan eficazmente la Santa en sus hijos. Porque sin duda alguna, que santa Teresa, aunque fué mujer en la naturaleza; pero en el valor, y en el espíritu, en el celo, y la grandeza de corazón, en la fortaleza del ánimo, y superioridad al concebir, al pensar, al resolver, al ejecutar, al obrar, fué un varon esclarecido.

Y á mas de verse esto tan claramente en la admirable reformation, que hizo de entrambos sêxos en la antigua, y venerable religion del Carmelo, se reconoce tambien en estas epístolas; en las cuales todo quanto escribe, mas parece que

procede de un pecho magnánimo, grande, varonil, que de una humilde, y descalza religiosa.

Desto se nos ofrece bien á la mano un clarísimo ejemplo, en lo que sucedió con uno de mis antecesores, y se refiere en una destas epístolas, que fué el ilustrísimo señor don Alonso Velazquez, docto, pio, y prudente: *Cujus non sum dignus corrigiam calceamentorum ejus solvere.* El cual habiendo sido su confesor en Toledo, donde tambien fué canónigo, le envió á rogar á la Santa, que le enseñase á orar; y esta admirable maestra de espíritu, obedeciendo rendidamente á su confesor, como si en la carta que le escribió le pusiera en la mano la cartilla espiritual, comenzó á enseñarle, y á que conociese las primeras letras, y las juntase, y diese principio á letrear, y leer sueltamente en la vida del espíritu.

Bien me parece á mí, que se admirarian, y alegrarian los ángeles de ver la fuerza, y eficacia de la gracia, mirando á la discípula, enseñando á su maestro; á la hija, á su padre; y á la religiosa, al obispo. Y para mayor ponderacion, veamos á quien enseñaba la Santa este abecedario espiritual. A un obispo, y prelado doctísimo, y piísimo, padre de pobres, consuelo de afligidos, y universal maestro de las almas de su cargo. Al que era tan rigido consigo, que visitaba á pié su obispado, como lo dice la Santa en sus fundaciones. Al que después de haber gobernado la iglesia de Osma, con inimitables virtudes, fué segunda vez presentado, por el gran juicio, y censura del señor rey Felipe segundo, á la metropolitana de Santiago; y habiendo servido algun tiempo con grande espíritu aquella santa iglesia, la dejó con igual luz, y desengaño, que la recibió, y se retiró á morir á la soledad. A obispos, que saben servir, y dejar los obispados, enseña santa Teresa, y les enseña á servirlos, y á dejarlos.

Confieso, que habiendo visto esta carta, me puse á considerar algunas veces, cuál fué mayor, la humildad en el obispo, ó la obediencia en la Santa; y si aquel prelado era mas grande, teniéndola á sus pies arrodillada, enseñando en Toledo, ó estando él arrodillado á los suyos, aprendiendo en Osma; y que

agradaria mas á Dios, que el maestro se rindiese á la enseñanza de su discípula, ó que la discípula se rindiese á la obediencia de su pastor, y maestro. Todo es mucho, y aquello seria mayor, que se obrase con mayor caridad; pero lo que escede á todo, es la eficacia de la gracia del Espíritu Santo: *Qui ubi vult spirat.* (Joan. 3. vers. 8.) Y nos enseña en este, y en otros ejemplos, y casos, que ni las dignidades, ni las capacidades, ni los entendimientos, ni las esperiencias, ni los estudios, ni las letras, ni los sutilísimos discursos, principalmente hacen sabios á los hombres, sino la gracia de Dios por la humildad, la caridad, la oracion, el fervor, la devocion, la penitencia, y mortificacion, y el trato interior divino, con que santa Teresa obró desde sus primeros años, repitiendo insignes merecimientos.

Esto la hizo maestra universal de espíritu en sus tiempos, y lo será en los venideros. Esto la hizo madre de tan santos hijos, é hijas, que son la luz, y el consuelo de la Iglesia. Esto hizo, que los reyes, los obispos, los maestros grandes de las religiones, los varones mayores de aquel siglo la buscasen, para alumbrarse con su luz, y aprender de su doctrina, y ser humildes discípulos de aquella erudicion celestial.

Para mí, padre R.^{mo}, está esta carta, entre las demás, me ha sido de grandísimo consuelo; porque la que es verisímil, que no fuese necesaria en mi antecesor, será todo mi remedio. En ella pidió la humildad, y en mí la logrará la necesidad. A él se envió, y á mí me alumbró. Para él era el sobrescrito, y la carta para mí.

La utilidad de los escritos de santa Teresa, no basta á ponderarlos la pluma. Diganlo las almas á quien sacaron de los lazos de la vanidad del mundo. Diganlo los que por la luz comunicativa, que traen consigo, como con vivas centellas, leyéndolas, se han abrasado sus devotos corazones. Diganlo tanto número de hijos, y de hijas, y siervos de Dios, que á ellos les deben primero su conversion, y después su vocacion.

El año de 1639, solo con leer las obras de la Santa, uno de los mas doctos herejes de Alemania, á quien ni la fuerza de tan patente verdad, ni las plumas de los mas sabios católicos lo pudieron rendir, ni reducir, solo el leer las Obras desta di-

vina maestra, que él tomó en las manos, para querer impugnarlas, por el contrario fué dellas tan alumbrado, vencido, convencido, y triunfado, que habiendo quemado públicamente sus libros, y abjurado sus errores, se hizo hijo de la Iglesia. Y escribelo con las siguientes palabras á su hermano el señor don Duarte de Braganza:

Estando para firmar esta carta, se me acordaron dos cosas, que acontecieron los dias pasados en Breme, en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores herejes que hay aquí. Era rector della, habia muchos años, uno destos, que tenia dado en qué entender con sus libros á todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de santa Teresa, envió á buscar un libro de su vida, para lo reprobear, y confutar. Escribió tres años sobre ella, quedando en un mes lo que en los otros escribia. Resolvióse en fin, que no era posible, sino que aquella santa seguia el verdadero camino de la salvacion, y quemó todos los libros. Dejó el oficio, y todo lo demás, y en breve se convirtió el dia de la Purificacion pasado, en que le vi comulgar con tanta devocion, y lágrimas, que se veía era grande la fe que tenia. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido. Escribe ahora sobre las epistolas de san Pablo, refutando lo que sobre ellas tenia perversamente escrito. Dicen es grande obra.

¡O admirable fuerza de la gracia! ¡O espíritu mas cortador, y penetrante, que la espada acicalada! ¡O maestra celestial que vives en tus escritos! ¡O escritos que penetran hasta el alma! Quiso Dios manifestar su poder, y la fuerza de las verdades católicas, y señalar con su dedo, en donde está con su Iglesia. Quiso, que viesé el engaño, que habita en el Septentrion; que no la pluma de Agustino, no la de Ambrosio, y Gerónimo, no la de los Naciancenos, y Crisóstomos, y otros santisimos doctores de la Iglesia, sino la de una doncella humilde bastaba (cuando por ella, como por órgano suyo enseña el Espíritu divino) para rendir, y confutar los errores de tanta herética presuncion.

Y si los demás escritos de santa Teresa, para llevar á Dios almas, han sido tan eficaces, yo estoy pensando, que lo han de

ser mucho mas estas espirituales epistolas. Porque la misma santa dejó escrito en su vida el provecho interior, que sentia un sacerdote en sí mismo al leer aquello, que le escribia. Y que solo con pasar por ello los ojos, le templaba, y ahuyentaba muy graves tribulaciones. Y así V. P. R.^{ma} nos consuele con darlas luego á la estampa, porque han de ser para la Iglesia universal de todos los fieles de grandísimo provecho.

A instancia de los padres deste santo convento de V. P. R.^{ma}, y particularmente del padre prior fray Antonio de Sant Angelo, mi confesor, he escrito sobre cada carta algunas notas, que creo serán mas á propósito para entretener los noviciados de los conventos de V. P. R.^{ma} con una no inútil recreacion, que no para que se impriman.

Las ocupaciones desta peligrosa dignidad son tales, que apenas me han dejado libres treinta dias, y no del todo; antes muy llenos de embarazos inescusables al pastoral ministerio, para darlos á tan gustoso trabajo; y así servirá la congoja, y la brevedad del tiempo de disculpa á sus descuidos. Guarde Dios á V. P. R.^{ma}. Osma, febrero 15 de 1656.

De V. P. R.^{ma} m. servidor.

JUAN, OBISPO DE OSMA.

